

III

EL CUERVO

EL MANIQUEÍSMO

Duplex.

Y vi encima de mi cabeza un punto negro. Y aquel punto negro parecía una mosca en la sombra.

En el profundo nadir, que la ruina estorba, donde, sin cesar, por siempre siniestro y callando, desciende algo sombrío y desconocido, [como] humareda enorme, las brumas indistintas y grises se hundían, perdiendo lúgubrementemente su forma, semejantes á caos desmoronados uno encima de otro.

Siempre subiendo, dejando bajo mis alados talones el abismo de abajo, lleno de la penumbra inferior, volé por la bruma y por el viento que llora, hacia el abismo de lo alto, obscuro como una tumba; me acerqué á la mosca. Era un cuervo.

Decía:

*

—Son dos.

Pregunta á Zoroastro. El uno es el espíritu de vida,

del vuelo de águila, de los ojos de astro, que destella, crea, ama, ilumina, construye; y el otro es la enorme araña de la noche. Son dos; el uno es el himno y el otro es la chifla. Son dos: la mortaja y el ser, la nube y el cielo, la pupila y el ojo, la sombra y el día, el odio espantoso, negro, implacable, y el amor.

Son dos combatientes. El combate es el mundo.

El uno, que mezcla con el azul su cabellera rubia, es el ángel. Es el que lleva la claridad, el lirio, la felicidad pura al precipicio; él atraviesa las telas del monstruo de pies asquerosos; sobre su traje se estremera un tembleteo de estrellas; es hermoso. Sembrando el ser y el germen en los cienos, encendiendo blancuras en la cumbre de los montes y penetrando las cosas con un fuego misterioso, llega, y se ve el alba á través de sus dedos sonrosados; y todo ríe; la hierba es verde y los hombres son dulces.

El otro surge á la hora en que lloran de rodillas las madres y las hermanas, Raquel, Hécuba, Electra; la monstruosa noche hace aparecer el espectro; sale del vasto fastidio de la obscuridad que descende; detiene la savia y hace correr la sangre; bajo sus pies, el jardín se trueca en osario; arrastra el sudario del horror infinito; sale para obligar á las tinieblas á hacer daño; penetra hosco en el ser carnal y en el ser aromal; y mientras en el otro extremo del mundo, haciendo caer las ramas del crimen que él poda, el deslumbrador Ormuz pone sobre su roja frente esa tiara de oro que se llama el sol; él, sobre el negro horizonte, siniestro, en medio de la negra noche, se yergue con el horrible antifaz de la luna, y arrojando á todos los astros una mirada de reojo, vaga [como un] ladrón de la sombra y de la inmensidad.

Gracias á él, el incendio propagado de una chispa, el jaguar que devora eternamente á la gacela, la peste, el veneno, la espina, la negrura, la áspera cicuta, á quien la serpiente dice «hermana mía»; el fuego, que todo lo roe; el agua, sobre la cual zozobra todo; la avalancha, la roca que estrella al navío, el viento que arrolla al árbol, despliegan bajo el cielo la vasta impunidad del eterno crimen. Se inclina espantoso sobre los durmientes que sueñan. A él es á quien se elevan, á través de la obscuridad, el himno de amor del monstruo y el olor de la pira, las lenguas de las serpientes procurando lamerlo, todos los lomos cariñosos de las bestias que él anima, y los enormes maullidos del abismo. Él lanza todos los gritos de guerra de los humanos; en sus combates repugnantes, él es quien bate las palmas y quien, dejando la muerte sobre sus cabezas heridas, ata ese rayo al relámpago de las espadas. Camina rodeado de la trailla de los males; hace chocar la ola contra las rocas y al hombre contra los animales. Cada noche está á punto de triunfar; anega los cielos, tiende la mano y va á asir su presa, el mundo; el Océano se estremece, el precipicio hierve, sus dientes castañetean de júbilo, rechina...

Y de repente, á la hora en que los parsis, los magos y los gauros oyen á aquel bandido reír en las tinieblas, sucede que brota del abismo un blanco destello, y que sobre el enfermo que expira en su lecho, sobre las madres que se retuercen las manos desesperadas, sobre el estertor que va desvaneciéndose de las lúgubres mareas, sobre el justo en la tumba, sobre el esclavo en la argolla (1), sobre el escollo, sobre el bosque profundo, sobre el volcán, sobre todo

(1) *Carcán*, en el texto francés.

este universo que quiere proscribir la penumbra, espárce la aurora su sonrisa inmensa.

*

Bajo el universo, huracán, atado con un triple nudo, se agita un ser que no sabe si existe; es el idiota, el sombrío encadenado de la bodega, Caos, si se permite nombrar á este esclavo.

Allí sueña, estúpido, sólo conocido de los espectros, escondido bajo todos los pliegues que forman todas las mortajas. Esbozo por arriba y escombros por abajo, mendigando sordamente en la penumbra un poco de claridad, sollozando al azar, llorón formidable, retuerce sus muñones, ignorancia y terror; y la lluvia eterna y lúgubre le inunda. Se arrastra dentro de un hoyo, barranca del mundo; sin ojos, sin piés, sin voz, mordiendo y devorado, chocando contra las paredes de los precipicios, azorado por los relámpagos que llueven sobre él como sobre un blanco, especie de espantoso tronco que tiene por estuche la cáscara del huevo negro de donde salió el universo; su cráneo se aplana bajo el peso del vacío [nada]; y vese vagamente andar á tientas por lo informe, en el fondo del infinito, á aquel enorme [ser] sin piernas.

Ni siquiera oye el ruido que hacen en lo alto los dos principios dioses, conmoviendo su calabozo y los pateamientos sobre su lúgubre morada. El [dios] malo quiere que él reine, y el bueno quiere que muera.

*

Así luchan, ¡ay!, aquellos dos iguales poderosos; el

uno, rey del espíritu, el otro envenenador de los sentidos, las cosas, ante su soplo, expiran ó vegetan. Nada está por encima de ellos. Están solos. Se arrojan el invierno y la primavera, el relámpago y el destello; son el espantoso duelo de la creación.

Todo es su guerra. Están en la llama, en la onda, en la tierra donde humean los montes, en el aire que muge. Sus choques hacen sobresaltarse á los firmamentos y hacen temblar los soles de oro en ese sombrío techo, y el nido entre el musgo en su campo de batalla. El abismo está entreabierto cuando Arimán bosteza; entonces se espárce el huracán enjambre de hidras. Los dos colosos, uno remontándose, el otro arrastrándose, se estrechan. Donde se ven dos corazones que se odian, dos dragones que se deslizan por la noche el uno hacia el otro, dos fuerzas que se atacan con estruendo, dos guerreros combatiendo, dos puñales cuyos mortíferos golpes se cruzan, y á veces dos bocas que se besan; allí están ellos.

¡Negros asaltos que no apacigua reposo alguno! Nunca tregua. Ellos existen, y no hay nada más que ellos. Los elementos están llenos de sus belicosos gritos, y doquiera que se lllore y doquiera que se cante, en el hombre, en el viento, en el cambrón dañino, en la bestia de los bosques y en los conmovidos cielos, la sombra grita: Arimán. Y el día dice: ¡Ormuz!

Y en las profundidades se espárce esta lucha; y la oscilación es dichosa ó fatal, y el ancho vaivén nos mece, ó su reflujo no se lleva más que clamores y sollozos superfluos, y la boa se enrosca al tronco del sicomoro, Jerusalén ve nacer á su lado á Gomorra, Tebas lega á Menfis un sudario de arenas, Nemrod luce, Marco Aurelio tiene á Cómodo por hijo. —O el

océano sonríe, y el abismo y la estrella se ponen de acuerdo para salvar una pequeña vela, el bosque canta, los nidos palpitan, los pájaros regocijan á las flores que beben en los riachuelos, la madre cuyo orgullo se mezcla con el éxtasis, llena de él al niño que aprieta su pecho, y el hombre parece un dios vestido de sabiduría y todo crece en gracia, en poderío, en virtud; ó en la ola del mal todo naufraga y todo se hunde, según que el azar, rey de la sombría lucha, precipita á Arimán ó vela á Ormuz empañado, y, en el fondo del lívido infinito, hace inclinar uno ú otro platillo de la enorme balanza.

Arimán, el de los ojos de obscuridad, espera que Ormuz se duerma. Ese día, el caos y el mal le verán asir entre sus negros brazos al cielo de vasta frente, é investigando todas las órbitas y atravesando todos los velos, arrancar las estrellas de ese cráneo eterno. Ormuz, mientras esté durmiendo, se estremecerá de terror; la inmensidad, semejante al buey que muge abandonado por el labrador en un campo tenebroso, ¡oh, noche!, al día siguiente amanecerá ciego, y en el espantoso espacio, enterrado bajo la bruma, el extinguido astro, buscará el mundo desvanecido!

*

Y el cuervo volvió á la sombra formidable.

Bajo mis piés, el infinito reflejaba lo insondable; en él flotaban resplandores, como en un espejo.

Genovevo Galina

IV

EL BUITRE

EL PAGANISMO

Multiplex

Y vi encima de mi cabeza un punto negro. Y aquel punto negro parecía una mosca en la sombra.

Volé á él. El agua de los mares bajo su onda más sombría, tiene monstruos oscuros que se mueven, solos ó en gran número; y el éter oculta también seres tenebrosos; bajo las sombras se vive como se vive bajo las ondas. Franqueé aquellas profundas y lúgubres alturas.

Y aquella mosca era un buitro.

Cerníase en el vacío que nadie sondea ni conoce, gritando:

—¡Eh, gigante! ¡Eh, hombre del abismo! ¿No estás cansado? Desde mi cima oigo el crugir eterno de tus huesos. Tu lívido sudor llueve en el impuro caos. ¿Estás muy cansado? Responde. Sobre tu inmensa es-

palda pesa la monstruosa enormidad del polo, el globo con los cielos y los cabelludos montes, con los mares que hacen rodar los flujos y los reflujos, con sus dioses que tienen monstruos por antepasados, con su espantoso hormigueo de seres, con sus millones de choques, de ruidos, de pasos, sus vivos y sus muertos,... mucho peso es, ¿no es verdad?

Ninguna voz salió del vacío para responder: y todo continuó siendo horrible y fundiendo la muda ceguera con la obscuridad.

Y el buitre me vió, y, habiéndose parado, grave y repulsivo, me dijo:

—Pasajero: sabe las cosas. Hay dioses. Ellos son los dioses, pero no las causas.

*

Y prosiguió:

—Yo soy el gran buitre de la boca abierta. Estaba encima de la montaña y tenía frente á mí un gigante. No el ser á quien acabo de hablar, sino otro. Vuestra ley, hombres, es aprender; para nosotros, los picos de acero, temidos hasta de las tumbas, es arrancar á jirones la vida y la carne; el duro buitre necesita la presa ensangrentada. La mía me gustaba; comía á Prometeo.

Cuando Orfeo apareció y me dijo: ¡Ven!, fui ronco y estremeciéndome hacia aquel hombre estrellado. Cantaba, y su himno era una plegaria; y él caminaba delante y yo volaba detrás; y cuanto sé yo, ¡oh, pasajero!, fué el espíritu, fué Orfeo, el de la frente tran-

quila y dulce, quien me lo enseñó. Estúpido, seguí aquella voz hechizada. Y así fué libertado Prometeo.

Escucha. Escuchando, el espíritu se forma y nace. Prometeo, á través de los tormentos, me enseñaba, Orfeo completó la obra de Prometeo. Sabe, á tu vez.

—El mundo está hecho de sombra agitada; la sombra, chocando sus olas, produce el caos negro de donde sale la masa informe y bruta, dejando ver en sus pliegues aquellas nebruras, aquellas larvas, aquellas quimeras que el caos llama en voz baja las madres; y el padre de todo es el vago estrellado.

El universo, globo de sombra mezclada, tiene tres diosas que son tres ciegas terribles. Dueñas de la red de las fuerzas invisibles, abren sin hacer ruido sus insidiosos brazos, y cogen á los titanes, los hombres y los dioses; la vista ve surgir doquiera una sombría desconocida: en la tierra, á Venus, la gran ninfa desnuda; abajo, en el áspero lugar temido de los manes, á la estriga (1) Hécata; en alto, á la sombra Fatalidad. Venus estrecha la vida y nada la resiste; Hécata tiene el infierno; y como un carcelero triste, la sombra Destino se arrima al gran cielo constelado; en el azul negro se ve aquel fantasma velado. Así el mundo, infierno, tierra y cielo, lleno de odios, es triple para sufrir y se estremece bajo tres cadenas. Todo es conducido á un precipicio por una nebrura. Hécata es la noche, el Destino es la noche, y Venus es la noche. Venus, fie-

(1) Nombre de un ave nocturna. Especie de vampiro que, según la creencia de ciertos pueblos orientales, vaga por las noches para chupar la sangre de los hombres y comer su carne. Este mismo nombre dan á los vampiros los rusos y los habitantes del N. de Grecia.
(N. del T.)

ra y fatal, tiene dos hijas, la Muerte y la pálida Voluptuosidad; y Muerte y Voluptuosidad son dos sombras que hacen cada una un abismo sin fondo bajo la vida. ¡Oh, deidades que tienen bajo su inmundo poder las entrañas, el corazón y el cerebro del mundo, y toda la naturaleza atada á tres hilos! Los astros son sus ojos; las noches son sus perfiles. Nada puede doblarlas; es en vano que se reclame. La Suerte es tigre, Hécata es esfinge, Venus es mujer.

Una caríatide inmensa lo lleva [sostiene] todo: Telo afligido, Neptunó amargo, Plutón que hierve, árboles, mieses, desiertos, olas confusas, rocas inertes, ríos que dejan arrastrar sus luengas barbas verdes, hombres y campos de donde sale un ruido sordo, revoloteos de las nubes, de claridad ó de espumeantes tormentas, y Pan, que agitando las ramas de los olmos, aparece vagamente en el fondo de los enormes bosques.

Todo es un grupo obscuro de aspectos falaces; las esferas producen en los cielos un ruido de liras; el pórtico sideral, antro de la Suerte, gobierna este triple mundo, cielo, tierra florida, rojo averno. Una gracia siniestra está mezclada con el espanto. En todas partes, algún caos, del que es rey algún monstruo, en la espuma, ó entre la llama, ó entre el espino, obedece á los ojos de una Anfítrite ó de una Proserpina, ó de alguna Cibeles de rubia y serena frente. En todas partes se cruzan el agua, el fuego, el austro sin freno, los sátiros danzantes, las ninfas cazadoras, y en el sombrío azul, bandadas de diosas. Y, sucesivamente, y uno después de otro, en lo más negro del antro que el alba blanquea y sombrea el crepúsculo vespertino, forjando la luz ó la bruma, se ven pasar por encima de la hora, yunque chispeante y tenebroso, el Día, la

Noche, gigantes cíclopes de ojo redondo, llevando en la frente, el uno el sol y el otro la luna.

La materia está en el centro, en el fondo de las sombrías bóvedas; hidra, divinidad la más negra de todas.

*

Todo lo busca todo, sin objeto, sin tregua, sin reposo. Esas mujeres á las que un dios empuja y cuyas blancas pieles, al tocar al conmovido árbol, hacen estremecer las cortezas; esos demonios compuestos de embriagueces y de fuerzas, las Ménadas de senos de sirena, de ojos locos, pasan levantando sus ropas más arriba de las rodillas, mezclando las voces, el laúd, el timbal ó el sistro. ¡Oh, mundo tenebroso, deslumbrador, siniestro! El fango se levanta y quiere lamer los cielos. Los cielos no aborrecen ese monstruoso himeneo. Onfala, la de los rubios cabellos, estrecha al vasto Hércules, todo se estremece. En el vago y turbio crepúsculo, los templos entrevistos alzan sus negros pilares. Los centelleos de los ojos vagan por entre los jarales; el pastor espera á Febea; la sombra que se rasga deja ver al dragón, al elfo (1), al hecatonquiro (2) tratando de enlazarse, de unirse, de sentir;

(1) *Elfos*, genios de la mitología del norte, formando con las ondinas, las salamandras y los gnomos, grupos de espíritus elementales respectivamente identificados con el agua, el fuego, la tierra y el aire. Equivale su papel al de los Silfos de la mitología griega.

(2) *Ecatonquiros* (los gigantes de cien brazos), personificación de los vientos en la *Theogonía* de Hesiodo. Los Hecatonquiros eran hijos de la Tierra y del Cielo, hermanos y enemigos de los Titanes, y eran tres: Gotto (el furioso), Briareo (el forzudo) y Gyges (el membrudo). Su leyenda tiene gran importancia en el poema de Hesiodo.

(N. del T.)

la blanca visión de las ninfas hace salir á Silvano de los bosques, á Tritón de las aguas, á Vulcano de las fraguas. Pan contempla azorado la desnudez de los senos, el árbol es un fauno ardiente al que no se puede apaciguar, y los antros están llenos de un inmenso suspiro. En el tempestuoso banquete de los tirsos y las liras y bebiendo todos los delirios de todas las sedes, Baco, rodeado de tigres, canta y ríe; y, desaguardo en el fondo de los cerebros que él marchita la humareda acre donde van y vienen fantasmas, espectros azules del éter, larvas de los negros reinos, los gritos, los golpes, la rabia y el beso lascivo; el cínico vino llena las copas de oro macizo. De la sombra se hace un nido, de la materia un lecho. Haciendo rodar los desnudos senos sobre la naturaleza entera, deslumbrados, erizados, en pie, acostados, sentados, los magos de Cibeles y los magos de Isis, el efebo de frente encantadora, las vírgenes, las sacerdotisas, las bacantes soltando al viento sus trenzas locas, Náyades, sátiros, kabires, aegipanes (1) y los hombres-caballos y las mujeres serpientes, sacerdotes, que al pasar, tú, chivo soñador, saludas, los trogloditas rojos, de vellosos pechos, Polifemo, Astarté, Cerbero, Hilas, Atis, todas las pasiones y todos los apetitos, se juntan, evohé (2) rugen, balbucean, y, bajo el ojo del destino tranquilo y frío, asocian el jadeo y el beso, el mordisco y el canto, la crueldad alegre y la felicidad mala, y todos los furores que la demencia inventa; y ante el espíritu

(1) Del griego *aix*, cabra; *Pan*, dios de los pastores. Divinidad campestre que se representa con cuernos en la cabeza, pies de cabra, y una cola.

(2) *Evoché* ó *Evoé*, uno de los sobrenombres de Baco, que toma su origen de que, cuando transformado en león durante la guerra de los dioses contra los Gigantes, había sido excitado al combate por estas palabras que le dirigía Júpiter: *¡Eu, uie, evohé, Bacche!* ¡Bien, hijo mío; valor, Baco! Este mismo grito era el que repetían en sus orgías los adoradores del dios.

que se asusta, ante el alba, ante el astro, ante el relámpago, celebran el espléndido y repugnante misterio de la carne y buscando los lugares sórdidos, las rocas inabordables, descabellados, pasmados, enamorados, formidables, beodos, el uno que se escapa y el otro que persigue, danzan en el feroz impudor de la noche.

Al remate de la orgía y entre el ruido de las copas, la gigante que hunde en las olas sus anchas nalgas, cada movimiento de la cual es una plaga [azote] para el hombre, el monstruo de los millones de rostros, Geo, acostada sobre los Alpes, y como ellos montaña, prodiga sus amores, sus labios, sus pechos, y abriéndose sin descanso á los largos abrazos, precipita en sus negros flancos todo un mundo de amantes, al divino, al que corretea por los montes, al hombre del antro, á Epicuro, el espíritu, y Sileno, el vientre, el destello, el humo y todo el impuro rebaño de seres viles que tienen vellones en la piel, el oso, la hiena y el tigre, y la loba enardecida, y detrás de este espantoso grupo, al pálido Orfeo. Se da á todos á la vez, y, sucesivamente, les hace rugir de odio y retorcerse de amor, los estrecha, los arrebató [fascina], los besa y los devora. A sus tenebrosas pestañas mezcla la aurora. La ve el hombre que acecha entre las cañas. Dejando ondear en las aguas sus cabellos de hierba, canta apoyando en su cadera escamosa sus codos de ramaje y sus manos de follaje: —¡Ven! ¡Soy la Naturaleza! Y hechizados, palpitantes, vencidos, de todos los puntos del mundo, al mismo tiempo, los taciturnos dioses de la India, con cabezas de moloso [dogo], los pesados tifones de abajo, el pueblo hidra y gigante, pululando, fecundando, multiplicando, creando, estremeciéndose al aproximarse tal vez á su madre, fijan sus fieros ojos en la obscena quimera. Y abrazando la espuma

la salvaje y tosca roca, los besos de la tormenta y de las olas en celo le rodean, y su soplo conmueve á la inmunda bestia, y, sin cesar, por siempre, en el aire, el fuego y el agua, á través del eterno y lívido vapor, la pupila de las noches mira estupefacta y el huracán flagela y el océano acaricia la prostitución de la sombría diosa.

Así es como todo vive y todo muere, jadeante. El astro es una chispa, y el siglo un instante. El soplo de la muerte, á cada ráfaga, cubre de sombras el río Estigio y de aves el lago Estímfalo; y la guerra se cierne con sus gritos prolongados, y las pestes van á acumularse en desorden bajo del cielo profundo; hermanas del homicidio y de la envidia, se yerguen, y sus miradas de larva espantan la vida; y en el fondo de las nieblas preocupadas, óyese bramar á la bestia feroz asustadora de los cielos, el trueno; y turbados, y prontos á disolverse, los mares, los bosques, los montes, tiemblan bajo los pasos del rayo, y el viento lleva entre sus estallidos las imprecaciones del esportillero Atlas.

Porque todo pesa sobre él. Ya te lo he dicho, el mundo, con el cielo azul, el fuego rojo, el agua verde y redonda, con el éter, el espacio y las ascensiones espléndidas y sin fin de las constelaciones, oscila, sostenido sobre esta pilastra viva. En la cumbre, resplandece el Olimpo, caverna astro.

El Olimpo está coronado de espectros radiantes que serían bribones si no fueran dioses. El Olimpo tiene por florones los doce dioses sublimes. Sus tranquilos destellos ciegan á los abismos. Encima, los titanes, los mamnones, los gigantes, la hidra Glauco hinchando su grupa de océanos, se arrastran, y los

silvanos, los telchinos (1), las divas, en las aguas, bajo los pliegues de las algas enfermizas, serpentean con el horrible orfo, y el antia (2) y el impuro Gerión á quien castigara Alcides; y abajo se distingue la raza lapidaria, Gorgona, á quien temblando considera la luna. Las tres Parcas mueven la cabeza al ruido de la rueca en que el día es hilado por la noche, Cronos, cara con cuatro ojos, Derceto, pisciforme; y, como la brizna de hierba entre el cedro y el olmo, el hombre desaparece entre el Titán y el dios, [mientras] los monstruos hacen una selva sobre su frente.

*

Habiendo triunfado estos doce dioses, están tranquilos y feroces; tienen los templos en las ciudades, los bosques en la llanura, y las rocas en los montes; Vulcano les hace forjar por los Brontos y los Piracmones el rayo y el viento en forma de armaduras; son grandes y serenos, y cada uno de sus pasos mide en su vasto compás un tercio del cielo. Ante su soplo se marchitó en la tierra todo pudor; Júpiter es tirano; Venus es cortesana; Febo es asesino; Palas mata; y Juno tiene por compañero el homicidio en la fija mirada; el loco Eolo vomita la lluvia descabellada; Nep-

(1) Los *telchinos* eran acaso los mismos personajes mitológicos llamados *dactylos*; á ellos se remonta la invención de los metales. Son de la misma familia que los *curetas* y los *corybantes*. Unos dicen que fueron seis, otros tres: los que así opinan, les dieron los nombres de el oro, la plata y el cobre, ó sea el nombre de la materia que descubrió cada uno de ellos. En la mitología se les ve fabricar la hoz de Saturno, el tridente de Neptuno, etc.—(N. del T.)

(2) *Antia*, pescado de gran tamaño, cuya especie seguramente ha desaparecido, y que Cuvier no pudo hallar después de intentarlo con ahínco. Los mismos griegos han perdido la tradición del primitivo *anthias*, nombre que hoy aplican á una especie de peces tan sumamente delgados que no pueden sacarse del agua sin que se rompan.

(N. del T.)

tuno es la tempestad y Marte es la pelea; Saturno derriba la vida con su larga hoz. Entre los dioses malos, Mercurio es el dios falso; la serpiente le acecha y la zorra lo rastrea; en lo alto reina el horrible Amor, peor que la cólera; y atravesando los corazones con flechas, diapreando la tierra con rosales y tumbas, toma el universo por los dioses y los dioses por la mujer.—Tal es la orgía, y, en este mundo infame, la vista va de la substancia enorme al espíritu odioso. Los azotes [plagas] son titanes y los vicios son dioses.

Óyese reir á los dioses; vense resplandecer sus vagos tronos por encima de los montes acroceraunos; la vida es al rededor de ellos un sordo estremecimiento; á sus pies la oración cojea; el oráculo miente; la mitad de la tierra es un pantano que se empapa en el caos, cloaca donde se arrastra el ser informe; y el cielo es demasiado bajo para que el gigante Otrix, al levantarse [de dormir], pueda ponerse sentado.

¡Y todo eres tú, Materia!

Sí, la sombra en que Pitágoras ve pasar el Tritón, la ninfa y la egrígora; sí, la sirena, á la hora en que brilla el parelio, lanzando al aire su canto y sus aletas en el agua, eres tú. Eres tú, Tetis, la mujer de las manos palmípedas; esos dioses son tú; tú eres esos monstruos; esos pigmeos y esos gigantes son tú; todas esas máscaras con la boca abierta, coribantes aullando los cínicos pæans (1), estrigos, silos, son tú; tú eres esas miríadas de medusas, eones, fieras, dríadas; tú eres ese estupor, tú eres ese movimiento, ¡materia!, ¡pedrusco inerte y negro hormigueo! Y, ante

(1) Véase la pág. 39.

ese horror, toda filosofía lanza un grito, luego se calla, sueña y se petrifica.

*

En cuanto al hombre, ¿qué es? Nada. Y ya te lo he dicho. Hecho de un poco de barro que perdió Júpiter, no teniendo bajo el obscuro cielo de donde cae la sentencia, ni ley, ni libertad, ni derecho, ni resistencia, no es más que el muñeco [de goma que muerden los niños] de los monstruos.

Desnudo, fatal, el hombre comete el crimen y los dioses hacen el daño. El hombre, faz de vil aliento y boca de vanas quejas, siente en él, en sus huesos, en sus nervios, en sus venas, germinar la horrible arborescencia del destino. Todo banquete es sospechoso [si] los dioses son [comensales] del festín; Atrea ofrece la copa á los labios de Tiesto; Orestes es parricida y Yocasta es incesto; Fedro tiene miedo, Mirra tiembla y Pasifae huye; ¡ay! bebieron los filtros de la noche. La suerte es un verdugo, la vida es una loca. El gladio nace del gladio. Agamemnón inmola á su hija y Clitemnestra inmola á Agamemnón.—Justicia, grita Ajax, ¿eres tú?—La muerte dice: ¡No! Medea está embriagada y ríe. ¡Oh! ¡Cómo lloraste, Casandra, en el horror de las asesinas sombras! Aunque inocentes, son como los criminales. Al rededor suyo jamás se levantan eternos los remordimientos, el bosque triste donde se oyen estertores de homicidio, y el acompañamiento espantoso de los pálidos espectros. Apolo, furioso, sombrío amante, se arroja sobre Dafne; [y] Dafne es la que espera el castigo. Temis, ciega, sostiene la insegura balanza. Todo es dragón, serpiente, hidra, pólipo, antena, garra, uña, espolón; y el hombre está preso entre los anillos de Geo, de Ti-

fón, de Eolo y de Urano. Todas las ramas de la sombra tienen fatales manzanas. Basta pasar por el bosque tallar de los hombres para sacudir la rama execrable de los males. El crimen y la virtud son dos nada gemelos llevados al abismo por la misma ala. Sin ver, sin mirar, sin escoger, todo revuelto, el dios de abajo, el inepto y tenebroso Hades, arroja ancianos, niños, guerreros, bajo la losa del albañal estigio, do llueve la eterna inmundicia; sordo hasta para Orfeo, le quita á Eurídice. Todo es irrisorio. Venus coge á Psiquis. Aquiles muere por donde lo tocó su madre. ¡Oh las madres! ¡Buscad á los hijos, buscad la alegría! Niobe se convierte en piedra y noche; Hécuba ladra.

Ser casto, ¿para qué? Vivir austeramente, ¿por qué? Más virtud contiene más sombra y más espanto. Los asesinos, cavadores de fosas á toda prisa, el ladrón escuchando junto á la puerta que palpa, no están más turbados que Edipo el de la frente piadosa. Como se desploma el jabalí bajo los venablos, el hombre cae atravesado por las flechas [carcajes] celestes. Los grandes son los malditos, los buenos son los funestos. El sombrío cielo está derrumbándose sobre los hombres; el altar, frío y tranquilo, es mortal para el que le abraza; en las gradas del templo duerme una Euménide. El mejor, si la suerte quiere dar un ejemplo, no tiene corazón, ni entrañas, ni ojos, se dobla y muere bajo el peso formidable de los dioses. Las generaciones vuelan disipadas; los días pasan como brillos de espadas. La suerte levanta el dedo por encima de los vivos. Ninguno hace lo que hace; ninguno ve lo que ve. Nace; se abre la mano de la suerte. Expira: se cierra; nadie sabe nada más. Guerras sin objeto, sin término, sin conciencia, [con la] espuma en los dientes y el gladio en el puño. La boca muerde á la oreja y no le habla; el sordo estrecha al ciego; se lucha, se

devora; se toma, se deja y se vuelve á tomar; y nadie es nunca libre, un instante bajo los cielos; lo que deja la suerte es recogido por los dioses; lo que ahorran los dioses fatigados, el amor traicionero vuelve á tomarlo; todo sangra y todo sufre, sin ser [existir].

El pensador, llegado al borde de los negros destinos, ve prolongarse indefinidamente por el precipicio desconocido esa agitación de olas de tinieblas. ¿Dónde están los grandes, los fuertes, los poderosos, los célebres? Están donde fué el humo, donde los bosques mandaron los rumores, los soplos y las voces; y la sorda nada, dice: ¡no valía la pena! Y ahora, Platón, Sócrates, Calístenes, Diógenes, Zenón, Demócrito, Arquitas, Tales, Crates, Pirron, Anaxágoras, oh montón de sabios, responded: ¿qué es la sabiduría?

Vela ó duerme, ven ó huye, niega ó cree, toma ó deja; sé inmundo ó sé puro, sé bueno ó sé perverso, insulta al alba ó ríe bajo los verdes follajes; exhibete, escóndete; vete, quédate, oscila; ignora ó bien aprende; piensa ó sé imbécil. ¡Ciencia humana, ensayo de mirada! ¡Mal dirigido esfuerzo por hacer un agujero de fuego en el brumoso muro de la suerte! ¡Imprecación sombría y llena de anatemas! ¡Espíritu humano! ¡Rumor! ¡Paso de sistemas! ¡Plaza pública donde van y vienen al anochecer los proyectos de pensar que puede tener el hombre! El mundo es una muela de moler el pensamiento.

Después de una ciencia agotada y cansada, viene una doctrina gritando: ¿Qué es esto? Y pasa, repitiendo lo que decía la otra. Todos repiten: —¿Por qué, por qué? Ninguno adivina el obscuro secreto de la sombra infernal y divina. —¿Cómo salir? ¿Cómo

entrar? [El] querer, [el] saber, ¿abren los cerrojos de ese negro dédalo? ¡Ensayemos acerca de la muerte! ¡Ensayemos acerca de la vida! La voluntad se siente seguida por el destino. ¿[Y] si volviéramos á descender, ó si nos remontáramos? ¿Cuál es la salida, oh noche?—Todas las preguntas tienen puertas de enigmas y ojos de fantasma; y tristes y encorvados bajo la tenebrosa cúpula, los pensadores buscan estremeciéndose las sombrías llaves en el sereno horror de los precipicios estrellados.

Y cada uno de ellos, inclinado hacia la sombra donde todo acaba, lanza á todo el que pasa estos negros consejos del sueño: —La oración no tiene objeto. El ser es un hecho extraviado. No gastes más que de costumbre en amor al azar. ¡Canta ó maldice! ¡Qué le importa al destino que tú le ames! Los pasos del género humano están bordeados de problemas. La vida es la avenida de las esfinges. El orgullo y la ciencia, ojos de pavo, ojos de lince, terminan en el mismo aborto, y el hombre tiembla, y siente, [ve, presiente] demonios en todos los dioses que nombra.

*

Prometeo quiso salirse de esta noche, acabar lo que los dioses sólo á medias han producido, trabajar, enseñar, civilizar y hacer del mundo una esfera viva y radiante; sacar de la peña salvaje y de los espesos matorrales los deslumbramientos del orden y de la paz, desbrozar la monstruosa selva del ser y hacer vivir á los que hace nacer el destino. Quiso consagrar la tierra, abrir los ojos, poner el pie del hombre en la escala de los cielos, someter la naturaleza y que el hombre la condujera, disminuir los dioses del crecimiento humano, cubrir los corazones con un retazo

del azul estrellado, hacer brotar el espíritu alado del gusano rastrero, tender una cadena de oro entre el árbol y la ciudad, sumergir el odio vil por siempre en el Tártaro, atar el mal horrible al espinoso caos, y fundar en el corazón de los hombres luminosos un templo, á fin de que la razón lo acabara y lo construyera y reemplazar á Atlas por la Justicia.

Los dioses le castigaron. Solo, vencido, sangrando, amargado, cayó llorado por las hijas de la mar. Y yo he bebido la sangre del terrible encadenado.

Ahora todo ha muerto. Y en la penumbra inflexible, bajo los destellos de los divinos escudos, son vanos los esfuerzos de los gigantes y de los hombres.

*

Con todo, mientras queda un poco de aire, vuela el ave. Orfeo, al dejarme, me dijo estas palabras:

«Ser alado, el ala sube á los cielos. Recuerda que querer es la fuerza y que llegar es la ley. El obstáculo está allí; sin duda espera que lo rompan. Lo que ha hecho Prometeo, hecho está; la llama está propagada. Está en la tierra, está en alguna parte; el hombre puede volver á encontrarla, crecer, vivir, existir, si él quiere; sabe pensar, trepar, socavar, asir, estrechar, si se acuerda de que puede, puesto que la idea le posee, iluminar en él alguna cosa más que él [solo], de que debe luchar, de que el alba es una liberación, y de que tener la antorcha es tener la esperanza, pues dos destellos componen la claridad de lo alto, y el uno es la potencia y el otro es la belleza.»

*

—¡Oh, buitres! En la noche sin fondo que nos asedia, ¿dónde está la claridad de que hablas?,—grité yo.

Yo esperaba la respuesta, él había desaparecido. Se había borrado sin haber decrecido siquiera. Así llega, se arremolina y huye la hoja muerta con el viento que hace la noche cuando abre su puerta, á la hora en que el pastor va á sentarse encima de los montes.

V

EL ÁGUILA

EL MOSAÍSMO

Unus

Y vi encima de mi cabeza un punto negro. Y aquel punto negro parecía una mosca en la sombra.

Como cuando la luna se hunde en el fondo de las brumas, flotaba un brillo vago, la inmensidad clareaba [blanqueaba].

Reanudé mi carrera y subí por el aire que hendía con ala pronta y segura hacia el punto que se veía en el espacio. A medida que subía, el objeto se agrandaba, y semejante á las figuras que se ven crecer durante el sueño, tornábase una forma extraña.

Y aquella mosca era un águila de vuelo giratorio y feroz.

El vacío era menos obscuro y el viento menos recio. Cada uno de los negros pájaros hacia los cuales me elevaba yo, volaba sólo dentro de su zona y no